

Don Amado Alonso

CARLOS BLANCO AGUINAGA

Don Amado. Así llamábamos casi todos a Amado Alonso. No sus contemporáneos, desde luego (“y te habrá contado Amado que pasamos un día reunidos, muy agradable”, le escribía Salinas a Guillén en agosto del 48 [p. 453]), pero sí los más jóvenes que le conocimos ya cerca del final de su vida –tan joven él y tan lleno de brío– y sus discípulos de Buenos Aires, Raimundo Lida, María Rosa Lida, Ángel Rosemblat, Ana María Barrenechea... No es raro, dirán ustedes: Amado Alonso era un hombre eminente y aquel “Don” no hacía sino reflejar el merecido respeto. Sí, desde luego; pero hay maneras de decir “Don” que alejan, que establecen distancias infranqueables (pienso en “Don Américo” Castro, que tuvo barba y era arbitrario y tronante), y nuestra manera de decir “Don Amado” fue siempre muy afectiva. Y eso porque así era él: un hombre abierto, afable, receptivo, tolerante y –me atrevo a decirlo– cariñoso.

Empleo esa palabra porque pienso en mis 19 o 20 años de edad y recuerdo su sonrisa, la sonrisa con que, desde que le conocí en Harvard, siempre me recibía. Es la sonrisa recogida en alguna que otra foto, aquella sonrisa alentadora con que recibía a todos, o a casi todos, porque don Amado era abierto, amable, justo, y no rebajaba a nadie. Por lo demás, siempre he querido creer que entre los chavales hispanoparlantes que hacíamos entonces la licenciatura en Harvard y asistíamos a sus clases, algo especial nos unía a él: tal vez lo español sin sitio fijo en el mundo que ya era yo entonces (¿qué hacía yo en Harvard, en una universidad tan selecta y tan lejos de Irún, mi pueblo?; y ¿qué hacía en Harvard él, emigrante intelectual a la Argentina donde vivió tantos y tantos años?), quizá lo vasco y lo navarro..., partidos de pelota que él llevaba desde siempre en la cabeza y que yo recordaba de mi niñez guipuzcoana. (En el gimnasio de Harvard había pequeños frontones interiores de esos que ahora han puesto de moda los ejecutivos agresivos que quieren mantenerse en forma, y en ellos jugué varias veces con el hijo mayor de don Amado y doña Joan, Ramón, un chaval más joven que yo y hoy hombre dedicado a cosas muy distintas de las de su padre y su hermano Juan).

Pero permítanme que vuelva a mi pregunta. Se trata de hablar de don Amado, no de mí, pero sólo respondiéndola podré expresar lo que para mí significó y significa Amado Alonso, don Amado. ¿Qué hacía yo en Harvard, la mejor universidad de los Estados Unidos, la más cara, la más selecta y elitista? Contaré sólo lo que importa para hablar de nuestro gran maestro.

Después de la guerra civil, mis padres, mi hermana y yo pisamos Méjico en Veracruz el 21 de agosto de 1939. No teníamos un centavo y la verdad es que no lo tuvimos nunca. Pero, al igual que la mayoría de los niños españoles que llegamos a Méjico entre 1939 y 1941, tuve la increíble suerte de empezar a educarme en un colegio subvencionado por el Gobierno de la República en el exilio, con maestros de la Institución Libre de Enseñanza y del Instituto Escuela. Era un colegio —el Instituto Luis Vives— en que los maestros se desvivían por educarnos y atendernos, pensando siempre en nuestro futuro. Un día, no acabo de saber cómo ni por qué, el Director me preguntó si quería presentarme a un examen especial para ir a los Estados Unidos, con posibilidad de obtener una beca para Harvard. Con la osadía de los 16 años dije que sí y en el otoño de 1944, a los 17 años, me encontré en Harvard tras un viaje de cinco días y cinco noches en autobús.

Cuando, exiliándose de la dictadura de Perón, llegó don Amado de Buenos Aires en 1946, yo estudiaba Filosofía, leía toda la literatura que podía... y jugaba al fútbol. Además, participaba algo en las actividades de una organización estudiantil de izquierdas. Todos estos datos mínimos tienen que ver con el asunto que aquí nos reúne; con la manera de ser de don Amado, cuyo comportamiento hacia mí cambió y salvó mi vida. Iré por partes.

En primer lugar, sin proponérselo, don Amado cambió la dirección de mis estudios. Me licencié en Filosofía, desde luego, puesto que cuando él llegó a Harvard era ya muy tarde para cambiar de rumbo; pero desde el principio de la llegada de don Amado empezamos varios latinoamericanos y yo a asistir a sus clases: Cervantes, poesía española, modernismo... Y ni siquiera tengo que cerrar los ojos para verle sentado frente a nosotros, con un par de libros y varios papeles a mano, explicándonos, como si de verdad le importara que aprendiéramos, dónde —tal vez— radicaba el sentido de la justicia de Don Quijote, o el porqué de las metáforas de un poema que, sin embargo, no lo eran todo, ni en ese ni en ningún poema, ya que, además de las metáforas (lo más espectacular), había también que tomar en cuenta, a veces, la rima, y siempre el ritmo interior del verso, a más, claro, de las ideas, de las fuentes, de la tensión entre continuidad y ruptura que caracterizaban siempre a los grandes poemas. Y le oigo leer.

Porque, cuando explicaba un texto, fuese un poema breve o un pasaje del *Quijote*, don Amado leía el texto completo en voz alta por lo menos tres veces. La primera vez lo leía completo, sin comentarios; en la segunda, interrumpía la lectura siempre que lo exigía el análisis; y seguía una tercera lectura sin interrupciones, en la cual veíamos cómo se reconstruía el poema o el pasaje iluminándose de significaciones, por lo menos hasta donde nosotros podíamos alcanzar. Como a veces tomábamos café con él y con el inolvidable Pedro Grases, charlábamos bastante fuera de clase. De literatura, algo de cuestiones personales, de deportes (volveré sobre esto)... Un día alguien se atrevió a comentar lo bien que leía, cómo nos tenía colgados de sus lecturas.

Don Amado sonrió y nos explicó que, en su opinión, un profesor tenía que tener algo de actor. Y él tenía muchas tablas.

Sus seminarios para alumnos de doctorado eran, si cabe, todavía más impresionantes para nosotros que sus clases de licenciatura. Porque es que don Amado nos dejaba asistir de oyentes a aquellos seminarios en los que había alumnos como Claudio Guillén. Supongo que había decidido que Manuel Aguirre, peruano y también estudiante de Filosofía, Pepe Massip, cubano y estudiante de Sociología, y un servidor, teníamos el suficiente entusiasmo por la literatura como para que alguien empezara a ocuparse de nosotros, iniciándonos en los secretos de la crítica literaria. Y le vimos y oímos desmontar “Vida retirada” de Fray Luis, algunos romances de García Lorca y el “Llanto por Ignacio Sánchez Mejías” para, luego, asombrados, asistir a la vuelta a la totalidad de los poemas en su lectura ininterrumpida, en aquella hermosa voz suya. Estábamos, sin saberlo, asistiendo a la puesta en práctica de la estilística, para la cual —según don Amado lo ha escrito— el análisis del lenguaje, el análisis del significado y el goce estético son inseparables.

Unos tres años después le oí en Méjico una conferencia sobre el “Llanto por Ignacio Sánchez Mejías”, basada en lo que ya le había oído en clase, y me sorprendió el que algunos de los asistentes (Luis Cernuda, por ejemplo) se sintieran casi ofendidos por la labor de análisis que, como un prestidigitador, don Amado había llevado a cabo. No entendían, y supongo que muchos no entienden todavía, que, entre otras cosas, la crítica literaria es eso, desmontar y recomponer; y que —como dice la copla andaluza— “el conocimiento la pasión no quita”.

Por lo demás, don Amado aprovechó la afición a los deportes que teníamos los tres chavales que íbamos a su seminario para pedirnos que le explicáramos algo de un deporte que él no conocía, el béisbol. Él sabía de pelota y de fútbol (y, según me contaría después Raimundo Lida, en Buenos Aires era hinchas del “River Plate”, equipo por entonces no sólo muy bueno, sino fino, elegante, contrario nato del bronco “Boca Juniors”), pero, naturalmente, el béisbol le era extraño. Y le llevamos dos o tres veces al “Fenway Park” a ver a los “Medias Rojas” de Boston, equipo en el que jugaba el extraordinario bateador Ted Williams. En la ida y vuelta en el metro y durante el partido (según comíamos cacahuets) le ofrecíamos —orgullosos— explicaciones técnicas sobre aquel juego a quien nos iba enseñando a entender qué era la literatura (o, como habían dicho los formalistas rusos, “lo literario”). Don Amado y tres chavales hispanoparlantes en aquel Boston en que, como en todo el país, se estaba iniciando el MacCartismo. Don Amado siempre receptivo, curioso, interesado, sonriente.

En fin, que estaba yo como en el paraíso en el año de 1947 en que decidí que, en cuanto terminara la licenciatura, me pasaría a la literatura porque la filosofía (¡aquellos vericuetos de la *Crítica de la razón pura* de Kant!) me parecía ya pura abstracción frente a la concreción de las metáforas (“La tarde se va despacio, dando una larga torera sobre el mar y los arroyos”), cuando pasó por allí un poeta franquista, Marquina, le montamos una protesta y casi no le dejamos hablar. Al día siguiente me llamó un decano y me informó de que, como consecuencia de mi comportamiento antidemocrático, me quitaban la beca por un semestre. Como si me la quitaran para siempre porque, aparte de la beca y de mi trabajo de camarero, yo no tenía de dónde sacar dinero. Así es que salí

del despacho de aquel decano seguro de que tendría que volverme a Méjico sin acabar la carrera. Iba atravesando el Harvard Yard más que cabizbajo cuando me encontré con Pedro Grases. Me preguntó que qué me pasaba, le conté, y él me dijo: espera, ten calma, no hagas todavía las maletas, se lo voy a decir a don Amado. Esa tarde, o al día siguiente, me llamó don Amado y me dijo lo mismo: espera. A lo que añadió que tenía que ir a Nueva York a dar una conferencia y que a ver si me arreglaba algo.

Yo, claro, no tenía la menor idea de qué podría “arreglar” don Amado, pero le hice caso y me dediqué a pensar en terminar el semestre como si tuviese con qué pagar la colegiatura. Pocos días después, volvió a llamarme don Amado y, explicándome vagamente que se trataba de un dinero que había obtenido en Nueva York, me dio un cheque por algo más de doscientos dólares, que era la parte de la beca que correspondía al pago de la colegiatura por un semestre. Le di torpemente las gracias, sonrió y me dijo que nada, que yo a lo mío, que era estudiar, aunque, desde luego, tendría que buscar-me algún trabajo extra para cubrir todos los gastos.

Así lo hice, terminé el semestre y luego la carrera, y cuando a principios del verano de 1948 me fui a despedir de don Amado para volver a Méjico, a casa, me pidió que, por favor, pasara por Nueva York y que fuera a darle las gracias a don Fernando de los Ríos, cuya dirección me entregó en un papeli-to. Aunque con una timidez que me pesaba como una losa, así lo hice y, al ver a aquel hombre ya muy mayor que tantas cosas importantes había hecho por la República, supuse que, gracias a don Amado, me había salvado una vez más nuestro gobierno en el exilio. Pero no había sido sólo eso.

Años después, cuando conocí a don Joaquín Casaldueiro, un “don” muy diferente, me dijo: “¡Ah! Con que ustedes es Blanco Aguinaga. Pues me debe 15 dólares”. Se rió, me reí, y entendí entonces que don Amado, como si no tuviese otra cosa que hacer, como si yo importara algo, además de pedir ayuda a un ex-embajador de la República y de poner dinero de su bolsillo, había hecho una colecta entre colegas para salvarme la carrera. Como si no tuviera otra cosa de que ocuparse...

Como si por aquel entonces no estuviera terminando de madurar, de dar los toques finales a la teoría de la estilística, la teoría y práctica crítica más importante que hemos tenido en nuestra lengua, imposible, desde luego, sin, por ejemplo, los formalistas rusos, pero predecesora del estructuralismo y de tantas cosas más y que, sin la obra de Amado Alonso, no habría sido lo que fue.

Varios años después, recién muerto don Amado, cuando ya era yo becario de El Colegio de Méjico y trabajaba con su discípulo Raimundo Lida, me tocó la primera labor de ordenar y, como quien dice, “corregir”, los manuscritos para su gran libro de crítica, *Materia y forma en poesía* (1955), cuya revisión final llevó a cabo su gran discípulo. Yo leía aquellos papeles, corregía erratas, sugería posibles ordenaciones de los artículos, y no salía de mi asombro viendo la lucidez, la sensibilidad y la pasión literaria y humanística de don Amado. Y le veía, le oía explicar, le oía leer pasajes del *Quijote* o poemas de Fray Luis.

He tenido que hablar de mí para hablar de don Amado porque se trataba de hablar de él como persona, no como crítico, y ¿cómo va uno a hablar de los demás con algún conocimiento sino a través de uno mismo? Pero la his-

toria de nuestra relación no es sino una mínima parte de su vida en las relaciones con otras gentes, entre ellas los extraordinarios discípulos que, sin él, no habrían sido quienes fueron, y que tanto lloraron su prematura muerte. Porque es que don Amado, que tan bien habla de humanismo en sus estudios, era un maestro en todo, un inteligente y sabio ser humano, un hombre abierto, receptivo, afectuoso, apasionado y racional, generoso: ¡aquella seriedad suya, aquella sonrisa con que nos acogía! ¡Aquella “fuerza de su simpatía”!, que ha dicho Raimundo Lida.